

XX.

Un Bautismo.

El gran día en Aps es el lunes, el día del mercado. Mucho antes de la aurora los caminos que conducen á la ciudad, aquellas grandes vías desiertas de Arles y de Avignon, en donde el polvo tiene el aspecto de una nevada, se agitan con el lento rechinar de las carretas; el cacareo de las gallinas en sus cestos; el ladrido de los perros que recorren cien veces el camino con sus idas y venidas; el sordo ruido, parecido á un turbión, que hace el paso de una manada de ganado, con la gran carreta del pastor, que parece, andando sobre el camino, un navío impulsado por las olas. Y las roncas voces de los boyeros, fatigados junto á sus bestias, golpeando de vez en cuando sobre el yugo con su larga vara, para aguijonear á aquéllas, y las siluetas ecuestres, en fin, armadas de sus garrochas. Todo esto se introduce á tientas por las puertas de los muros, cuyas almenas se dibujan en el estrellado cielo; se esparce por las calles, que rodean á la ciudad dormida, recobrando en aquella hora su carácter de antigua ciudad romana y sarracena, de techos irregulares, de puntas extrañas y raras, por encima de las escaleras desportilladas y que crujen. Aquel bullicio confuso de personas y de animales soñolientos se instala con ruido entre los plateados troncos de corpulentos plátanos; se extiende hasta por los corrales

de las casas; se desborda sobre las calzadas, y remueve los olores cálidos de las cuadras y los aromas de las hierbas y de los frutos nuevos.

Al despertar la ciudad se encuentra cercada en todas partes por un inmenso mercado, animado y ruidoso, como si toda la Provenza campestre, hombres y animales, frutos y semillas, se hubiera levantado y agrupado por una inundación nocturna.

Osténtase entónces un maravilloso golpe de vista de riqueza rústica, que varía según la estación. En sitios designados por una costumbre inmemorial, las naranjas, las granadas, los dorados membrillos, las servas, los melones, amontonados en millares de cestos; melocotones, higos y uvas aplastados en sus banastas de transporte, al lado de las legumbres metidas en sacos. Los carneros, cabritos y cerdos, con aspecto de disgustados, se ven junto á la verja de sus empalizadas; los bueyes, uncidos al yugo, caminan delante de su comprador; los toros, cuyas narices despiden vapor, procuran soltarse de la argolla de hierro que les sujeta al muro.

Más léjos, los caballos de alzada común, los pequeños caballos de transporte, los árabes bastardeados, retozan, mezclando sus crines de diversos colores, y se aproximan, al oír sus nombres: « Eh, *Lucifer*..... Eh, *Esterel*..... », á comer la avena en la mano de sus guardas, verdaderos gauchos de las pampas, calzados con botas altas hasta media pierna.

Las pintadas aves, atadas por las patas de dos en dos, yacen al pié de sus alineados vendedores, aleteando sobre la tierra de vez en cuando. Siguen los pescados, las anguilas vivas aún, colocadas sobre tallos de hinojos; las truchas de la Sorgue y de Durance, de brillantes escamas y color de arco iris.

Últimamente, en una pradera seca de invierno encuén-

transe las palas de madera, las horquillas y las redes entre los arados y los rastrillos.

Al lado opuesto, en la calle y contra la muralla, se colocan los carruajes desenganchados en dos filas, y en el espacio libre circula con trabajo la multitud, se llaman los unos á los otros, discuten y trafican con distintos acentos; el acento provenzal refinado y amanerado, que requiere un acompañamiento de movimientos de cabeza y de hombros, una mímica animada; el acento del Languedoc más duro, más detenido, de una articulación casi española.

De tiempo en tiempo aquella aglomeración de sombreros de fieltro, de cofias arlesianas ó aldeanas; aquella dificultosa circulación de todo un pueblo de compradores y vendedores, se apartan á las voces de un carretero atrasado, que avanza con gran esfuerzo.

La población acomodada concurre poco, llena de desden por aquella invasión campestre, que constituye, sin embargo, su originalidad y su fortuna. Desde la mañana hasta la noche los campesinos recorren las calles, se detienen en las tiendas, en los puestos de guarnicioneros, zapateros, relojeros, contemplando los adornos de la casa del Ayuntamiento, los escaparates de los almacenes, deslumbrados por los dorados y los espejos de los cafés, como los vaqueros de Teócrito ante el palacio de los Ptolomeos.

Unos salen de las farmacias cargados de paquetes, de botellas; otros, toda una familia de boda, entra en una joyería para escoger, después de un porfiado regateo, los pendientes ó la cadena del cuello para la prometida. Y aquellas toscas sayas, aquellos rostros tostados y montaraces, hacen pensar en alguna población de la Vendée tomada por los chouanes en tiempo de las grandes guerras.

Aquella mañana, el tercer lunes del mes de Febrero, la animación era excesiva y a multitud compacta como en los

más bellos días de estío, en que un cielo sin nubes, alumbrado por un benéfico sol, podía causar ilusión.

Hablábase, gesticulábase en los grupos; pero se trataba ménos de compras ó de ventas que de un acontecimiento que dejaba en suspenso el tráfico y obligaba á dirigir todas las miradas y volver la cabeza de hombres y animales hácia la iglesia de Santa Perpétua. Y es que acababa de extenderse por el mercado, donde causó la emoción de una alza extraordinaria la noticia de que en aquel día se bautizaba el hijo de Numa, aquel pequeño Roumestan, cuyo nacimiento había sido acogido tres semanas ántes con trasportes de alegría en Aps y en todo el Mediodía provenzal.

Desgraciadamente, el bautismo, retardado á causa del luto de la familia, debía, por la misma razón de conveniencia, guardar un carácter de incógnito; y á no ser porque algunas viejas hechiceras del país de los Baux ponen los lunes sobre las gradas de Santa Perpétua un pequeño mercado de hierbas aromáticas cogidas en los Alpillés, la ceremonia hubiera pasado probablemente desapercibida.

Al ver el carruaje de la tía Portal detenerse ante la iglesia, las viejas revendedoras dieron el aviso á los vendedores de ajos que van y vienen por todas partes con los brazos cargados de sus brillantes rosarios; y los revendedores comunicaron la noticia á los pescaderos, y así de unos en otros llegó en breve á la plaza, poniendo en conmoción á todo el mercado.

Rodeaban á Menicle, que se hallaba erguido en su puesto, de rigoroso luto, con el crespon en el brazo y en el sombrero, y que contestaba á las preguntas con un movimiento mudo é indiferente de hombros.

A pesar de todo, las gentes se obstinaban en esperar; se agolpaban, se estrechaban, y los más curiosos se subían sobre los marmolillos, con la vista fija en la puerta, que al fin se abrió.

Entonces se produjo un « ¡ Ah ! » de fuegos artificiales, que se fué aplacando hasta cesar, á la vista de un respetable anciano vestido de negro, muy afectado, demasiado lúgubre para un padrino, dando el brazo á la señora Portal, muy orgullosa por haber servido de comadre al primer Presidente, y que sus dos nombres se encuentren juntos en el registro parroquial ; pero entristecida por su reciente luto y las tristes impresiones que acababa de recordar en aquella iglesia.

En la muchedumbre hubo una decepcion al aspecto de aquella severa pareja, á quien seguia, completamente enlutado tambien, el grande hombre de Aps, apenado por lo desierto y frio de aquel bautismo verificado entre cuatro cirios, sin otra música que el llanto del bantizado, á quien el latin del sacramento y el agua bautismal sobre su pequeño cerebelo de pájaro implume habia causado la más desagradable impresion.

Pero la aparicion de una mofletuda nodriza, ancha, pesada, engalanada como un premio de los comicios agrícolas, y el brillante paquetillo de encajes y blancos bordados que llevaba cruzado sobre su pecho, disiparon aquella tristeza de los espectadores y levantaron un nuevo grito de efusion y una alegría esparcida en mil exclamaciones de entusiasmo.

« ¡ Aquí están..... aquí están ! » — gritaban de todas partes.

Sorprendido, deslumbrado y guiñando el ojo á influjos del sol, Roumestan se detuvo unos instantes en la grada más alta, para ver aquellos rostros morenos, aquel apiñamiento apretado cual rebaño negro, desde el cual subia hasta él una loca ternura ; y aunque acostumbrado á las ovaciones, experimentó en aquello una de las más vivas de su existencia de hombre público ; una embriaguez orgullosa que ennoblecia un sentimiento de paternidad completamente nuevo y muy acentuado ya. Numa quiso hablar ; pero luégo pensó en que aquel no era sitio á propósito, ni la ocasion oportuna.

— Subid, nodriza..... — dijo Roumestan á la apacible burgoñona, cuyos ojos de vaca lechera se abrian extraordinariamente ; y mientras ella se embutia con su carga ligera en el carruaje, él encargaba á Menicle que fuese deprisa por la travesia ; pero un inmenso clamor se levantó, diciendo :

— ¡ No, no..... un gran rodeo..... el gran rodeo ! — Es decir, que debia pasar por toda la extension del mercado.

— ¡ Sea por donde quieren ! — dijo Roumestan despues de haber consultado con la vista á su suegro, á quien él hubiera querido evitar aquel alegre paseo : y bamboleándose el coche á los crujidos de sus antiguas ballestas, se dirigió por la calle, y luégo por el mercado, en medio de los hurras de la muchedumbre, que exaltándose con sus propios gritos, llegaba á tal entusiasmo, que detenia á cada instante la marcha de los caballos. Con los cristales descorridos, el carruaje marchaba al paso, en medio de aquellas aclamaciones, aquellos sombreros levantados en alto, aquellos pañuelos que se agitaban, aquellos olores, aquella atmósfera caldeada por el aliento de la multitud.

Las mujeres adelantaban sus cabezas bronceadas hasta dentro del coche, y sólo por haber visto el capillo del niño, exclamaban :

— ¡ Qué picarillo, qué bonito es el niño !

— Se parece á su padre.

— Ya tiene su nariz de Borbon y sus buenas maneras.....

— ¡ Déjate ver, miaja mia; deja ver tu hermosa cara de hombre !.....

— ¡ Es lindo como un huevo !.....

— ¡ Se le beberia en un vaso de agua !.....

— ¡ Eh, tesoro mio !.....

— ¡ Perdigon mio !.....

— ¡ Mi angelito !.....

— ¡ Mi gallinita !.....

—¡ Mi perla fina!.....

Y le envolvían y hacían toda clase de extremos.

Él, el niño de un mes, no estaba completamente asustado. Despierto en aquella zambra, apoyado en el cojín de color de rosa, miraba con sus ojos de gato, la pupila dilatada y fija, con dos gotas de leche en las comisuras de los labios, y permanecía tranquilo, visiblemente dichoso con aquellas apariciones de cabeza á las portezuelas, con aquellos clamores en que con frecuencia se mezclaban los balidos y los mugidos de las bestias afectadas de una nerviosa imitación, formidable conjunto de cuellos extendidos, de bocas abiertas y embobadas, con la gloria de Roumestan y de su progenie.

Aun entónces, y miéntras que todos los que ocupaban el coche llevaban tapadas con ambas manos las orejas, harto atormentadas, el hombrecito permanecía impasible, y su sangre fría alegraba hasta al viejo Presidente, que decía: «¡ Si esto no ha nacido para el foro!.....»

Ellos esperaban quedar tranquilos al salir del mercado; pero la multitud les siguió, acrecentándose con la afluencia de los tejedores del camino nuevo, las bandas de urdidores y los mozos de la avenida Bercherè.

Los mercaderes acudían, al pasar el carruaje, por delante de las tiendas, el balcon del Círculo de los blancos se cargaba de gente, y bien pronto los orfeones con banderas desembocaban por todas las calles, entonando coros, cantatas, como á una llegada de Numa, con alguna cosa de más agradable, de improvisado, fuera de las prácticas del festival ordinario.

En la mejor habitación de la Casa-Portal, cuyas blancas ensambladuras y las brillantes sedas databan de un siglo, Rosalia, recostada en una butaca, paseando su mirada de la cuna vacía á la calle desierta, se impacientaba esperando la vuelta de su hijo. En sus finas facciones, faltas de sangre,

hundidas por las penas y las lágrimas, donde se mostraba, sin embargo, como un aplacamiento dichoso, se podía leer la historia de su vida durante aquellos últimos meses de inquietudes, sus quebrantos, su ruptura con Numa, la muerte de su Hortensia, y al fin, el nacimiento del hijo que sobrepunja á todo.

Cuando le sobrevino esta gran dicha no contaba con ella, atormentada con tanto golpe, juzgándose incapaz de dar la vida.

En los últimos días, hasta se imaginaba no sentir los impacientes movimientos del pequeño sér aprisionado, y por un temor supersticioso ocultaba la cuna y la canastilla, que ya se hallaban dispuestas, advirtiéndole únicamente á la inglesa que la servía:

—Si os piden los vestidos del niño, ya sabéis dónde están.

Abandonarse sobre un lecho de torturas, cerrados los ojos y apretados los dientes, durante largas horas, interrumpidas cada cinco minutos por un grito desgarrador, y que obliga á sufrir el destino de víctima, cuyas alegrías todas deben pagarse caras, no es nada estando la esperanza al cabo; pero con la esperanza de un desencanto supremo, último dolor en que las quejas casi animales de la mujer se mezcláran con los sollozos de la maternidad burlada.... ¡ qué espantoso martirio.....!

Medio muerta, sangrienta desde el fondo de su aniquilamiento, ella repetía:

—¡ Está muerto..... está muerto!

Cuando oyó aquel ensayo de voz, aquella respiración manifiesta, aquella llamada á la luz del hijo que nace, ella respondió, ¡ oh, con qué ternura!

—¡ Hijo mio!

Él vivía. Se le presentaron. Era suyo aquel pequeño sér de corta respiración, deslumbrado, perdido, casi ciego; aquella cosa de carne la ligaba á la existencia, y con sólo apoyarla

contra sí toda la fiebre de su cuerpo se convertía en una sensación de frescura consoladora. ¡No más duelo, no más miserias! Su hijo, su niño, aquel deseo, aquel pesar que ella había soportado diez años, que le quemaba los ojos con las lágrimas cuando veía los hijos de los demás; aquel niño á quien ella había abrazado anteriormente en tantos otros de mejillas sonrosadas, estaba ya allí y le causaba un nuevo arrobamiento, una sorpresa, cada vez que desde su cama se inclinaba hácia la cuna, apartaba las colgaduras sobre el sueño apenas oído, las posturas frioleras y encogidas del recién nacido.

Ella lo quería siempre á su lado. Cuando salía estaba impaciente, contaba los minutos; pero nunca con tanta ansiedad como en la mañana del bautismo.

—¿Qué hora es? preguntaba á cada instante.... ¡Cuánto tardan! ¡Dios mío, qué larga es la ceremonia!

La señora Le Quesnoy, que se había quedado con su hija, la tranquilizaba, no sin participar también del mismo temor, porque aquel nieta, el primero, el único, había sido esperado mucho por toda la familia; aquel niño iluminaba su luto con una esperanza.

Un rumor lejano que se iba aproximando, aumentó la impaciencia y la inquietud de aquellas dos mujeres.

Prestóse atención; oíanse cantos, clamores, repiques, y de repente la inglesa, que observaba desde una ventana, exclamó:

—¡Señora, es el bautismo...!

Era el bautismo, aquel tumulto, aquellos aullidos de caníbales alrededor de la cuna.

—¡Oh, esta gente del Mediodía!—repetía la jóven madre asustada; temblaba de que ahogasen á su hijo en aquella tremolina.

Pero no; vedle aquí muy vivo, soberbio, moviendo sus pequeños miembros, y los ojos bien abiertos, en el largo faldon

de bautismo, cuyos festones había bordado Rosalía, y cosido por sí misma los encajes á la ropa del otro; y así son dos niños en uno, el muerto y el vivo, á quienes la madre posee en aquel instante.

—No ha llorado ni impacientádose una sola vez en el camino, aseguraba la tía Portal, que refería á su manera imaginaria el triunfante paseo por la ciudad, mientras que golpeaban las puertas en el viejo hotel, convertido en la casa de las ovaciones, y los criados corrían á los pórticos, donde se obsequiaba á los músicos con la «gaseosa». Estallan las cantatas, y los cristales se estremecen. Los ancianos Le Quesnoy descienden al jardín lejos de aquella alegría que les lastima, y cuando Roumestan se presenta en el balcón, la tía Portal y la inglesa Poly pasan al salón para oírle.

—¿Si la señora quisiera tener un momento en sus brazos al niño?—preguntó la Nounon, curiosa como una salvaje.

Rosalía se considera dichosa al quedarse sola con su hijo sobre las rodillas. Desde su ventana veía ondear las banderas, la multitud apiñada, atenta á la palabra de su grande hombre.

Algunas veces llegaban á su oído algunas palabras del discurso; pero ella oía sobre todo el timbre de aquella voz penetrante, conmovedora, y acudía á su recuerdo un doloroso estremecimiento de todo el mal que le había acarreado aquella elocuencia tan fácil para mentir y engañar. Ahora todo ha concluido: ella se siente al abrigo de las decepciones y de las heridas; ¡tiene un hijo! Este resume toda su dicha, todos sus ensueños, y haciéndose un escudo de la criaturita que estrechaba contra su pecho, le preguntaba en voz baja y muy de cerca, como si esperase una respuesta, ó buscando una semejanza en el bosquejo de aquella cara informe, sus delgadas líneas, que parecían formadas por una caricia en la cera, y marcando desde luego una boca sensual, violenta, una nariz corva y una barba suave y cuadrada:

—¿Serás tú un mentiroso? ¿Pasarás la vida vendiendo á los demas y destrozando á los corazones ingenuos que no hayan hecho otro mal que creerte y amarte? ¿Tendrás acaso la inconstancia ligera y cruel, tomando la vida á lo maestro de música, á lo cantante de cavatinas? ¿Traficarás con las palabras sin inquietarte por su valor y la uniformidad de ellas con tu pensamiento, con tal de que brillen y hagan ruido?

Y aplicando su boca á los oídos del niño:

—¿Serás, en fin, dime, un pequeño Roumestan?

En el balcon, el orador se exaltaba; llegaba á las grandes efusiones de que sólo se oían las salidas acentuadas á lo meridional. «¡Mi alma..... Mi sangre..... Moral..... Religion..... Patria.....», subrayadas por los hurras de aquel auditorio hecho á su imágen, que él resumía en sus cualidades y en sus vicios: un pueblo del Mediodía, efervescente, móvil, tumultuoso como un mar de múltiples olas, cada una de las cuales le reflejaba.

Dióse el último viva, y despues se disipó la muchedumbre con lentitud. Roumestan se volvió á la habitacion, enjugándose la frente y embriagado con su triunfo y poseido de aquella inagotable ternura de todo un pueblo, se aproximó á su mujer y la abrazó con una efusion sincera. Él se sentía bueno para con ella, cariñoso como en el primer día, sin remordimientos y sin rencor.

—*Bebé*, ¿crees que te festejan á tí?

De rodillas ante el canapé, el gran hombre de Aps jugaba con su hijo, buscaba aquellos deditos, que se cogían á todo; aquellos piececitos que se agitaban en el aire. Rosalia le miraba con una arruga en la frente, tratando de definir aquella naturaleza contradictoria, incomprensible. Y de repente, como si lo hubiera descifrado, le preguntó:

—¿Qué es, por fin, aquel proverbio vuestro que tia Portal decia el otro dia?... *Alegria de calle*.... ¿Qué es?

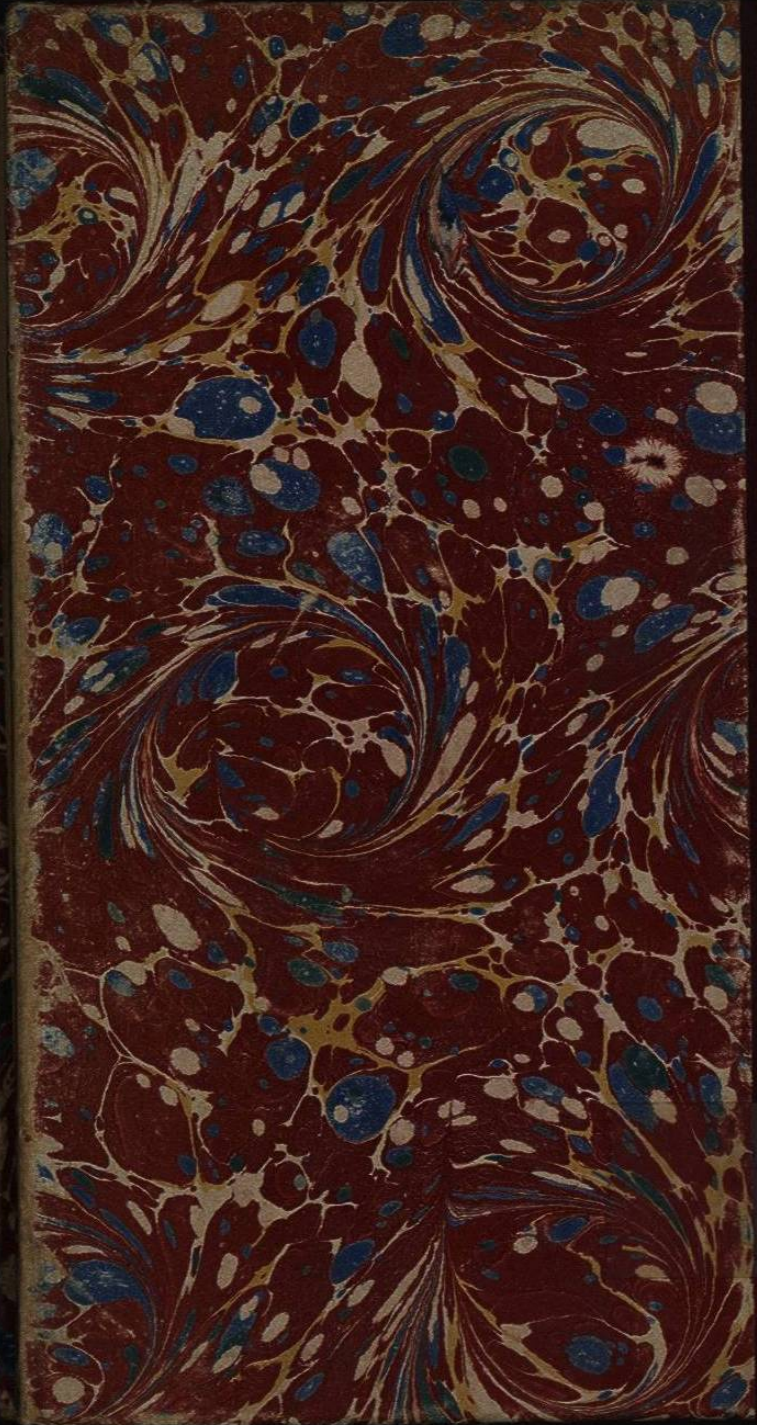
—¡ Ah, sí!... *Alegria de calle*, dolor de casa.

—Exactamente; eso es — dijo Rosalia con una expresion profunda.

Y luégo, dejando caer las palabras una á una, como piedras en un abismo, repitió pausadamente, encerrando allí las quejas de su vida, aquel proverbio en que toda una raza está pintada y formulada:

—*Alegria de calle*, dolor de casa.

FIN.



deshabillé de fular rosa. Él gritaba con desenfrenado acento :
¡ Bompard, sube la *brandade!*

¡ Allí era donde tenía que verse al Ministro de Instrucción Pública y de Cultos, al gran comerciante de moral religiosa, al defensor de las sanas doctrinas! ¡ Allí era donde se dejaba ver, sin máscara y sin ademanes, todo su Mediodía á sus anchas, y descarado como en plena feria de Beaucaire!

— ¡ Bompard, sube la *brandade!*..... — repitió la bribona exagerando expresamente la entonación marsellesa.

Bompard era sin duda aquel marmiton improvisado, que salía de la cocina con la servilleta al hombro, rodeando con sus brazos un gran plato, y quien abrió la estridente hoja de la puerta.

XVIII.

El día de Año Nuevo.

« ¡ Los señores de la Administración central!..... »

« ¡ Los señores de la Dirección de Bellas Artes!..... »

« ¡ Los señores de la Academia de Medicina!..... »

A medida que el ujier, en traje de gala, con pantalón corto y espada al cinto, anunciaba con su pausada voz la entrada solemne en las salas de recepción, atravesaban el inmenso salón rojo numerosas filas de trajes negros, y venían á colocarse formando semicírculo ante el Ministro que se hallaba de espaldas á la chimenea, teniendo á su lado su subsecretario de Estado, Mr. de la Calmette, su jefe de despacho, sus expertos auxiliares y algunos directores del ministerio Dansaert Bechut.

A cada Cuerpo constituido presentado por su presidente ó su decano, su Excelencia dirigía felicitaciones por las condecoraciones ó los premios concedidos á alguno de sus individuos. Después, el Cuerpo constituido daba media vuelta, y cedía el puesto retirándose: llegaban otros á paso largo, tropezando muchas veces con las puertas del salón, porque era tarde y la recepción se había atrasado una hora, y cada cual pensaba en el desayuno de familia que le esperaba.

El salón de conciertos estaba convertido en vestuario: los grupos se impacientaban mirando sus relojes, abrochándose